Juliana Aguado Ortuño

EN MEMORIA DE JULIA

Pliegos de la Palabra 30

BABILONIA

Segunda edición:
Abril 2023

© de los poemas: Juliana Aguado Ortuño
© de la Ilustración: Juliana Aguado Ortuño

© De esta edición,
Asociación Cultural Babilonia.
Navarrés.
babiloni56@gmail.com
www.edicionesbabilonia.com
Coordinador: Paco Pérez Belda

I.S.B.N.: 978-84-125919-1-0
Depósito Legal: V-3251-2022
Impresión: Grafigrau, SL Xàtiva (Valencia)
Impreso en España. Printed in Spain

EN MEMORIA DE JULIA

Juliana Aguado Ortuño

Juliana Aguado –Lita– nace en Valencia en 1967.

Desde muy temprana edad compatibiliza sus estudios primarios con la danza clásica. Finalizado el periodo académico, impartió clases en una academia de danza y en varios colegios de Valencia.

Su pasión por la lectura y escritura comienza cuando apenas tiene uso de razón, influida por su padre, más que como una afición, como una necesidad y forma de vida.

Sus casi tres décadas a la espalda dedicadas al mundo frío del comercio, tampoco le impiden seguir disfrutando de la vida que necesita: esa vida que vive entre las montañas, las motos y el arte, en cualquiera de sus formas. Ahora, por primera vez, nos presenta a
Julia.

Enlaces:
https://www.facebook.com/lita.aguado
@litaaguado (Instragram)

La memoria es el único paraíso
del que no podemos ser expulsados
(Jean Paul Richter)

Qué equivocada estás…
dependes tanto de mí…
–dijo Julia antes de que yo la matara–
(Lita)

I

Una vez Julia despertó.
Recuerdo que fue
una madrugada de invierno
en la que un frío polar
congelaba mi aliento.
Comenzó terminando mis frases
y cuando quise darme cuenta
soñaba con mis sueños
y dormía entre mis sábanas.
Yo la escondí bajo la luna
negando su existencia
y durante todas las mañanas
anduve borrando las huellas
que sus pasos en la noche dejaban,
aunque me tratarán de convencer
de que era imaginaria.
Poseyó mis labios lentamente
succionando con fervor,
arrancándome las palabras
que nunca me atreví a decir,
millones de letras danzando
aquel maldito baile imposible.
Una vez Julia despertó
descolgándome de la realidad
arrasándolo todo.
Julia tan amada, tan temida
en ti me vi.
Siempre antes de desaparecer
se gira y me mira de soslayo

sonriendo,
dejándome desnuda
consumirme
en medio de la nada.

II

Un minuto entre tus labios…
cálido cobijo.
Sabor a mar,
aliento que, como el rocío,
acaricia y humedece
con su tierna frescura.
Escuchar la música
de tu sonrisa de miel,
mientras el corazón
acompasado
se estremece en su delirio.
Eternizar ese instante…
el susurro de un te quiero
que temeroso se esconde,
que callo y a la vez digo,
que en silencio incluso grito.
Tu olor me trae contigo
recuerdos de otros besos,
besos de adolescente,
esos besos tuyos,
que nunca olvido.

III

Cinco minutos...
entre tus brazos.
La tierra
desaparece bajo mis pies,
y me anclo a tu nuca
desembocando en tus labios,
bebiendo casi con urgencia
ese sorbo más de vida.
Recuperar un poco el aliento
en la posada de tu boca,
donde vivo y muero,
a un mismo tiempo.
Tiempo, tiempo...
a destiempo
y en silencio te amo,
siempre te amé a destiempo.
En los bolsillos
cargadas me pesan
las horas muertas sin ti.
Pero no quiero pensar en nada
en ese momento.
Así que me hundo
de nuevo en tu cabello
y mis manos se abren
enredándose
tratando de acariciar
hasta tu sombra,
impregnándose de tu olor.
Y toda yo me vuelvo tú

y todo tú te vuelves yo.
Cinco minutos...
entre tus brazos
y el tiempo devorándonos
ferozmente a dentelladas,
robándonos apresurado
trágicamente,
nuestros escasos cinco minutos.

IV

Siete días…
que al cerrar los ojos
ya no sueño.
Que el corazón anestesiado
duerme en colchón de hielo.
Voy de abrazo en abrazo,
voy de beso en beso.
Me escondo
y me sumerjo,
queriendo
tapar el sol con un dedo.
Siete días
como puñales
en los que el vino
abraza la nostalgia,
en los que brindo con la luna
desvariando,
evocando tu recuerdo.
– Corre, llena tu copa
y brinda conmigo
por el olvido,
por lo que nunca llegó a ser.
Siete días
como siete años,
vagando…
sin cuerpo, sin alma,
sin ti.

V

Las tortugas han despertado de su letargo.
Asoman su pequeña cabeza de escamas
y se zambullen de nuevo cuando me acerco.
Sonrío y alzó la cabeza en señal de gratitud
y el sol me ciega y me estampa un beso en la frente,
ilusionado de mi ilusión de niña
que corre, que observa,
que se distrae con la canción de un árbol
con la ágil danza de un junco
o la mirada insignificante de una hormiga.
Sí, las tortugas han despertado
y espero impaciente esa mañana prometida
de besos sin labios,
de abrazos sin manos,
de hablarnos con la boca sellada.
La esperanza brota,
y como hiedra se atenaza a mi pecho
ahogando el miedo y la duda,
esperando tan solo ese abrazo
que me prometes me darás
sin pensar en nada.

VI

Esta atemporal luna llena...
he decidido que voy a amar sin pedir perdón
(Él)

Tal vez estemos hoy aún más cerca,
bajo la misma luna llena
que se refleja en nuestras pupilas,
dándoles acaso una nueva pincelada
de nostalgia y melancolía.
Estemos donde estemos,
tal vez en el mismo instante
y a un mismo tiempo,
alcemos la mirada hacia ella
para encontrarnos a solas tú y yo,
como dos sombras etéreas
que no perecen con el tiempo,
ausentándonos de este mundo
que nos cerró las puertas.
Porque al cerrar los ojos
aún huelo a ti
y un susurro templado
me cuenta fábulas
y me acuna
mientras se queda
dormido en mi cadera.

VII

Navegar en tu mar,
confundiendo el coral
con tu profunda mirada.
Las preguntas
las sacudirá el viento
dejándonos solos
en ese momento.
Acribillando las dudas,
los miedos.
Con los sentidos entumecidos,
tullidas esperanzas.
Navegar un espacio en el tiempo,
en tu mar,
o sumergirme
en la misteriosa
claridad de tus ojos.

VIII

Aquí permanezco
deshojando los días.
La luna quizás
ilumina hoy tu cabello,
la misma
que da reflejos a mis lágrimas.
Esa luna
que con su poderoso influjo
regala lunáticos sueños,
de tristezas
esculpidas en el viento,
de estrellas fugaces
que se precipitan
sucumbiendo en el vacío.

IX

Luna de papel,
que te quebrantas
con el suave viento
de estrella fugaz,
sueño volátil
apresurándose
a llegar a su fin.

X

Sólo un manojo de palabras,
que me arranqué del alma.
Un regalo lejano
que tal vez nunca te llegue
sin rumbo y a la deriva.
Un regalo que brota en otoño
como las caléndulas y los pensamientos,
un otoño polvoriento y desgastado.
Si me escarbo
todavía quedan
migas de pan
en mis bolsillos,
mientras suenan
unas notas perdidas en el piano,
que se adhieran a mis pies
y me persiguen.
Las letras caprichosas te buscan
formando las palabras
que no debo decir,
te quieros
que se consumen como velas,
que al más mínimo soplido tuyo
te ayudé a apagar
tratando
de que fueras feliz.

XI

Cerraré las manos
para no caer en los abrazos,
dejaré colgado mi traje de luna
y seré real como la lluvia.
Los recuerdos se harán de piedra
alzándose como muros
entre nosotros.
Una noche más, amor,
aunque seamos sombras
y ni siquiera nos reconozcamos.

XII

Me prometí
no acordarme más de ti,
engañarme
cómo sólo yo
tan bien sé hacerlo,
arrancarme tu olor de la piel,
romper tu mirada
fácilmente
igual que rompí tus notas,
y nunca
nunca jamás
volver a escribirte.
Mis manos reposan
en la copa de vino
que poco a poco se me lleva,
entre el humo del tabaco
y unos dedos invisibles
que incontrolables
van pulsando las letras,
contándote
lo que no te escribo.

XIII

Dicen que dos sombras caminan hoy por sus estrechas calles. Un pueblo adormecido aún fresco por el rocío de la madrugada. Nadie los ve, son sólo sombras pegadas al suelo que se deslizan. Él, con ojos melancólicos la mira, mientras la guía de la mano. Ella se deja llevar, y no es como a todo el mundo le sucede, pues el silencio no los mata, es más, se alimentan de él, se enriquecen, se nutren, hace que las raíces crezcan agarrándose tenaces por todo el cuerpo. Las alianzas en sus anulares pierden su sentido, desaparecen como el vaho en un cristal.

Con el futuro despeñándose montaña abajo, un café templado, una rosa y un papel, les hace olvidar el mundo entero. Se hablan entre susurros, palabras que apenas pueden oírse y aquella canción... dicen que dos sombras caminan hoy por sus estrechas calles. Sus manos le persiguen con ansia como queriendo atrapar también los besos, el calor de su nuca. Fieles a sus sentimientos, a sus sueños, esa fidelidad que no se entiende, fieles a su amor ese día.

El tiempo va pasando despiadado, los días caen a plomo. Ayer recompuse contigo los tejados de aquellas casas, haciendo que dejara de ser por una vez, ese pueblo fantasma.

Dos sombras danzan sobre las tejas. El reloj en lo alto del campanario suena... pero tú y yo nunca escucharemos más sus horas.

XIV

El sol ha secado las horas
los últimos minutos.
He tendido el alma
para que la sacuda el viento.
He besado las nubes
antes de que se desvanecieran.
Grité al cielo
y bebí la copa de arena.
Mastico pedazos de roca,
mientras persigo los silencios
en los que siempre te encuentras.

XV

Arranco las páginas a bocados,
mastico cuadrículas y renglones
y los labios se quedan manchados
de sus márgenes retorcidos.
Sabor áspero de papel,
letras que se atascan en la garganta,
tinta que me desborda
en este silencio
que impregna la noche.
Lágrimas de celulosa
que arañan la órbita
que ya no te ve.
Blanco paisaje
de cuatro fronteras
donde aún navego
a la deriva.

XVI

El sol estalló en mil pedazos.
Su gran estruendo rompió mis tímpanos
taponándolos de roja sangre.
Dos surcos brillaban,
como pendientes de finas perlas.
La oscuridad cosida a mi cuerpo
con hilo de negra seda,
y una escarcha repentina e insaciable.
Todos se han ido,
solo permanezco viva yo, detenida
en este negro mundo
que ahora me acoge, abrazándome
como madre posesiva.
Solo yo,
como espectro impasible
vagando en un mundo sin sentido
de horas detenidas,
de relojes que a su antojo
juegan con el tiempo.
Mientras... Me acuna
y me llena de besos, sin labios
la calavera carcomida.

XVII

Es el alma
que se ha llenado de arena
o tal vez esa luna
que al besarme
me trajo consigo a la muerte.
Es aquella música
que hundí bajo el agua
para callarla.
Es ese miedo que siento
de no temer ya nada.
Es sombra, es viento,
es gris,
es escarcha.

XVIII

Escondió la noche en un cajón bajo llave.

Mientras, temerosa vigilaba de vez en cuando la puerta, no fuera alguien a darse cuenta de que la oscuridad había desaparecido, de que solo quedaba ya el brillante tono chirriante de las estrellas.

El poder del miedo.

Fue lo que le hizo dejar de pensar y prender como una loca fuego al horizonte. Todo se tornó rojo como la sangre, todo ardía extendiéndose como una gran y hedionda herida.

Se fue perdiendo, dejándose morir poco a poco, abandonándose lentamente.

Ya lo había hecho otras veces.

No podía ser tan difícil condenar su alma.
Y, al fin y al cabo, era tan poco lo que valía su vida.

XIX

Nuevamente
volvió a estremecerse
al oír su voz
J u l i a
Realidad o sueño,
utopía,
verdad o mentira.
Tu imagen
todavía se dibuja
en su retina,
su mente
condenada a soñarte,
a imaginarte,
a pensarte.
Un diminuto
pero oscuro círculo de cuervos
merodean su cuerpo
allá en lo alto.
Julia abre los brazos
como un gran paraguas,
se entrega cual forajido
sumisa,
sin luchar ya contra esa inmortalidad
que nunca le permitirá
caminar más hacia adelante.

XX

La noche cae,
mientras
millones de estrellas
me observan desde el infinito.
Estoy aquí…
pero no sé cómo he llegado.
Mil bocas
pronuncian tu nombre.
Zarandeo la cabeza
tratando de sacudir
tu rostro
de hueso y polvo.
Por mis botas ajadas
comienza a filtrar el agua
congelándome los pies,
los inunda
recordándome
que estoy despierta,
que aún me queda
mucho camino por recorrer.

XXI

Sin duda alguna
aquel regalo
fue de lo más peculiar.
Le regalé un libro,
una dedicatoria a lápiz
de mi puño y letra
y una goma.
Le regalé mis palabras
y toda la facilidad
para lograr borrarlas.

XXII

Volviste
a pronunciar su nombre.
Fueron suficientes
tan sólo cinco letras
para despertarla
J u l i a
La boca de ella
se encontraba llena de tierra,
de piedras,
que se apelmazaban
taponando la garganta
impidiéndole decir nada.
Ella ladeó la cabeza
para escupir
las cenizas del silencio.
Todo fue casi
a un mismo tiempo,
sentir la angustia
y vomitar también
aquel puñado de promesas.

XXIII

Había arrancado de cuajo el cuadro eléctrico, los coloridos cables se entremezclaban ya sin ningún sentido. Los interruptores pendían de las paredes como hojas marchitas y algunos restos de cristales rotos que quedaban de las lámparas y bombillas, hechos añicos en el suelo tintineaban al chocar entre sí, mecidos por el suave viento que entraba por la ventana. Sólo le quedaba la luz del sol, la que le mostraba la realidad como era. Tal vez ahora hueca y sin forma, pero sin falsas sombras que luego desaparecieran. Le hacía ver que no había nadie junto a ella, alumbrando con plenitud todos los rincones, engullendo con su halo blanco a esa gente que en realidad no existía, que pronunciaban frases inconexas. Ahora aquellos monstruos ya no podrían desplazarse entre la corriente a la velocidad de la luz, entrando por todas partes invadiendo su espacio. Robándole sus escasos minutos de vida. Le pareció ver como un pequeño destello en la pantalla, como una última llamada póstuma gritada desde la agonía. Todo había quedado en silencio, ya sólo se escuchaba el sonido que hacían las ramas de los árboles, el perro ladrar...

Miró sus manos y se estremeció al ver sus heridas. En ella había enrollado aquel manojo de hilos de cobre, estirándolos, aguantando el terrible dolor, hasta que decidieran romperse.

Recuperar lo único verdadero. La luz del sol, la luz del sol solamente.

XXIV

Creo que una vez escuché contar algo parecido. Aunque nunca me pude llegar a imaginar que llegaría a vivirlo en primera persona. No recuerdo de dónde venía yo aquel fatídico día, solo recuerdo que había caminado durante varias horas. La lluvia me había sorprendido y mi cuerpo seguía como si nada, paseando sin prisa a la intemperie, expuesto a esa agua liberadora, haciéndome llegar empapada al portal de mi casa.

– Otro día más, pensé yo mientras abría la puerta.

Me pareció ver como una pequeña luz se reflejaba en el pasillo. Sí, era posible que me hubiera dejado una luz encendida. Mis pasos eran confiados, tranquilos, nunca he sido miedosa. Entonces la vi, en mi habitación una mujer se vestía de espaldas a mí. Pude ver su cabello, era largo y rizado, y al mirarse al espejo y verla reflejada, sentí un escalofrío que me hizo estremecer. Era yo misma. Era mi ropa, mi cuerpo y mis mismos gestos. Era mi cara de sorpresa, cuando escuchó mi grito ahogado y me vio. No sé el tiempo que transcurrió, si minutos o segundos, pues el reloj parecía estático, como regocijándose de aquella situación tan rocambolesca.

Comenzó entre gritos a pedirme que me marchara, a preguntarme cómo había entrado, sin tampoco darme tiempo a responder ni alegar nada en mi defensa. Mi garganta no emitía voz alguna, pese a que lo intentara.

De repente se abalanzó contra mí, agarrándome con fuerza mientras me llevaba a trompicones hacia la puerta. Al apretarme sentí aún más como mi ropa mojada se adhería a mi cuerpo. Sentía frío, frío y miedo. Pero me fui dejando llevar, con la única esperanza de despertar pronto de tan horrible pesadilla. Bajaba los escalones de la escalera de dos en dos, me temblaban las piernas, y escuché cómo tras de mí se cerraba la puerta, y detrás, el sonido que hace la cerradura cuando le das varias vueltas. En la calle todo estaba oscuro y en silencio. La luz de la luna se reflejaba en un charco. Seguía lloviendo, aunque ahora más despacio. Me separé unos metros de la finca que se alzaba fantasmagórica ante mí, levantando la cabeza con la mirada enfermiza. Vi su rostro tras los cristales, y aunque se advertían las gotas a él pegadas pude distinguir también dibujadas sus lágrimas. Sabía que era yo…me reconocía...

Desde ese instante supe, comprendí, que jamás podría volver a mi casa.

XXV

Me abalancé sobre ella
y le asesté la certera
y cruel puñalada.
Se dibujó
una terrible mueca en su rostro
al sentir el frío acero
penetrar en sus entrañas.
Los ojos desencajados
plagados de incomprensión
como queriéndome entender.
La mujer ni siquiera gritó,
permanecía muda
entreabriendo los labios
como si quisiera decir algo.
Cuánto dolor
y ni siquiera le dolía
la profunda herida.
Yo acaricié su rostro
con ternura, con amor,
bebí de sus lágrimas
mientras apoyaba las manos
sobre sus desnudos hombros
con una leve caricia.
Las finas piernas
comenzaron a flaquearle
hasta perder fuerza
y desplomarse,
mientras me preguntaba…
– ¿Por qué?

Al final,
curiosamente
fui yo quien venció la batalla.

XXVI

La lluvia ha cesado.
Julia da vueltas y vueltas
por el mismo lugar.
Camine hacia donde camine,
no hay escapatoria alguna.
Está atrapada en ese tiempo
donde no es posible
retroceder ni avanzar.
Sabe que no…
que ahora no es un sueño.
Sus sentidos, los olores
ahora forman parte de su realidad.
Intuye
quien se encuentra en ese nicho,
sabe que la negra losa
por más que se niegue a mirar
lleva grabado su nombre.

XXVII

El tibio rayo de sol asomó entre las cortinas. Un leve atisbo de luz se reflejó en la mesita, sobre el viejo libro de Wilde que había dejado abierto y boca abajo antes de dormirme. Padecía de insomnio, los días estaban plagados de noches eternas que me envolvían y abrazaban poseyéndome como tierno amante, sin querer desprenderse de mí, celosos de mi inconsciencia. Una leve punzada me hizo llevar la mano a la pierna. Me pareció sentir la tibia algo fría, pero tampoco tuve la seguridad de que esto fuera cierto, aquello no podía ser posible. Me incorporé y al pasar frente al espejo me detuve, preguntándome mientras observaba mi imagen reflejada, cómo era posible el haberme adaptado tan bien a semejante cambio sufrido en mi cuerpo. Levanté el brazo lentamente, mis falanges ahora se posaron sobre las costillas, acercándose poco a poco adonde había estado el corazón. Hurgué un poco en el vacío que llenaba mi caja torácica, como tratando de buscar aquel músculo que me había causado tan tremendo dolor, pero mi interior estaba absolutamente hueco, al igual que el resto de lo que había sido mi cuerpo. Nada.

Intenté esbozar una sonrisa acercando mi cabeza al espejo, hasta casi chocar mi frontal con el duro cristal. Mi expresión no cambió lo más mínimo y entonces desencajé la mandíbula en una grotesca mueca en señal de agradecimiento. A veces salgo por las calles desiertas, deambulo por los bares del barrio, entre las sombras de las botellas. Me escondo en los contenedores, grito a los gatos, despierto a los vagabundos para hacerles compañía. Duermo en un banco, despierto a mediodía.

Cuelga en mi cuarto un calendario de días gastados, y miro hacia al cielo, pero ya solo a través de mis dos cuencas.

Y después de Julia…tú.

XXVIII

Amanece otra vez. Pero amanece de distinta manera.

Borré cuidadosamente ayer todas mis huellas. Comenzar mis pasos de nuevo, en esa arena limpia recién peinada.

Un sol rojo que hierve y asoma despacio, comienza un nuevo día.

Y siento que mi corazón ya no está en carne viva, renace como ese sol, capa a capa, reinventándose, latiendo más fuerte y vivo que nunca.

Me siento frente al mar también serena y de nuevo me hace feliz lo realmente importante, cada minúsculo grano de polvo de arena.

Un viento frío se levanta, es la última ráfaga, lo sé, y unos cálidos rayos me abrazan comenzando a calentarme.

Algunos recuerdos formaron enormes estatuas de sal, monstruos y sueños se alzaban petrificados con los rostros desencajados y agonizantes, para deshacerse poco más tarde, disolviéndose en la orilla junto a las espumosas olas del mar, transformándose en la más insignificante nada.

XXIX

No hay sombras
en este atardecer.
El sol se oculta,
pero el alma renace
jugueteando sobre las nubes,
como un niño impaciente.
Creo que te amé siempre,
que nunca
me pareció todo tan real
ni me sentí más viva.
Hoy bailó sobre el perfil
del horizonte,
me reflejo en los matices
que va pintando el sol,
colmo mi sed en el azul del cielo,
diluyéndome
entre las partículas de agua.
Hoy cada átomo vibra
susurrándote
muy despacio...
GRACIAS

Pliegos de la palabra

01 Homorragias
Javier Gm
02 Poemas de ficción, Darling
Yolanda Pérez Herreras
03 Campos de hielo
José A. Pamies
04 Musarañas azules en Babilonia
Begoña Abad de la Parte
05 Poemas del cuarto de baño
Teo Serna
06 24 horas
José Miguel Aguilar Giner
07 La vida que me queda
Cristina Carrasco García
08 Estorbar de gusto (4ª Edición)
Javier Gm
09 Una pelota de goma no es broma
Beatriz Borgia
10 Nubes y claros seguido de Pájaro sin rama
Eva Hiermaux
11 Mientras suena Beethoven
j. seafree
12 Escenarios para el conflicto
Félix Menkar
13 Nada es lo que parece
Javier Gm
14 De la soledad
Alfonso Aguado Ortuño
15 Quizá el amor
Shiro Dani
16 Petita por
Paco Matéu
17 La saliva de los versos
Carmen Maroto

18 Subrayando metáforas
María Jesús Montía
19 Pintadas
José L. Campal
20 A tres Voces
A. Masiá-B. Villanueva-M. Peiró
21 Abrazando a la mujer
Nuria Bordes
22 Bagatelas
Carlos Javier Cebrián
23 Ombligo, mundo y raíz
Iris Almenara
24 La otra puerta de la luna
José Montoro
25 Cronófago
Soledad Benages
26 Cupido, el yugo y las flechas
Víctor Reloba
27 101 cuentos particulares
Teo Serna
28 Café con vistas
Shiro Dani
29 Cuatro poetas
Raquel Bullón Acebes - Ezequías Blanco
Paco Pérez Belda-Alfonso Aguado Ortuño

.

Este poemario, EN MEMORIA DE JULIA de Juliana
Aguado se terminó de imprimir el veinte
de diciembre de dos mil veintidós, en el obrador del
impresor Pepe Grau, en una primera edición de 100
ejemplares numerados y firmados, del 001 al 100

y una segunda edición el diez de abril dos mil veintitrés
de 100 ejemplares numerados y firmados, del 101 al 200

Ejemplar Nº _____